



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12549

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

SABADO 5 DE SEPTIEMBRE DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Daumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## Remachando el clavo

Cuando nos disponíamos á escribir nuestro artículo de fondo, dedicado como el de ayer á desvanecer las sombras que la información ha echado sobre este arsenal, nos lo da hecho un colega madrileño, uno de cuyos redactores ha hablado con el señor Cobian, para saber las impresiones del ministro en su visita á los arsenales del Estado.

Trátase de «El Nacional», periódico cuya política se confunde con la del Gobierno, el cual periódico, después de consignar las impresiones del consejero de la corona sobre el sentir político de las poblaciones que ha visitado, dice ésto de los arsenales:

«Hablando de ellos, y reconociendo que es preciso y de toda urgencia acometer en los mismos diversas obras, no puede compararse, según el señor Cobian, el de Cartagena con el de la Carraca, pues mientras éste le impresionó por lo arcaico y descuidado, el primero le satisfizo, claro que no hasta el punto de parecerle inmejorable, pero sí en una medida superior á lo que tal vez él mismo esperaba.»

—El sistema de aplazar reparos de verdadera urgencia ha venido á complicar la cuestión—me decía el ministro—lo que en su tiempo pudo arreglarse con un gasto como 10, hoy lo requiere como 100; y lo más necesario, la labor á mi juicio más indispensable, es encauzar las economías, aplicándolas pura y exclusivamente á lo que sea *lujoso* y aun á lo meramente *útil*, cuando su utilidad no engrana en una necesidad verdadera.

—Ahora mismo—añadió—los cientos de obreros que trabajan en las Maestranzas, son todos reconocidamente útiles; no hay entre ellos ni un viejo ni un niño, y estoy seguro de que los conflictos que actualmente surgen de las grandes obras no asomarán siquiera en las de nuestra Marina.»

Respecto á la reorganización que el ministro proyecta, hé aquí lo que dice el periódico:

«El 15 del actual saldrá el señor Cobian para el Ferrol, y á su regreso se dedicará á la reorganización de los arsenales, haciendo una clasificación de los trabajos, pues entiende, y entiende perfectamente, que no deben hacerse en todos ellos toda clase de trabajos; y por lo que en tal sentido se dignó manifestarme, creo que destinará el del Ferrol para gran carena y grandes obras, el de Cartagena para las de 2.500 á 7.000 toneladas y el de la Carraca para las que no excedan de 3.000 y las de Artillería.»

Su afán es que la nueva organización sea el germen de un verdadero progreso, normalizando una situación insostenible, á fin de que lo que se gaste, se gaste con provecho y poniéndonos en condiciones de pensar mas adelante en el proyecto de una escuadra verdad.»

Es claro que para todo eso se necesita presupuesto, pero no figurado como ahora, sino presupuesto verdad.

De ese presupuesto en que ya trabaja el ministro, dice «El Nacional»:

«Es la actual ocupación del ministro. Al confeccionarlo pone especial cuidado en que no quede indolentado el más insignificante servicio que sea de necesidad evidente. Hay que acabar con el sis-

tema de la trampa y de la ficción. Ni despilfarrar ni carecer de lo imprescindible.»

Con este motivo hizo el señor Cobian cumplidísimo elogio de la abnegación y patriotismo de todos los marinos, á quienes sólo una fábula mal intencionada puede atribuirles actitudes de cierta índole, relacionada con el presupuesto de su departamento.

Y con estas palabras de ingenua admiración á sus subordinados y una protesta á todo lo que significase suponer en ellos móviles personales que no caben en corazones siempre dispuestos al sacrificio por la patria, terminó la conversación con que hoy nos ha honrado el señor ministro de Marina.»

Resulta de los párrafos copiados que las palabras abuso, deficiencias, y abandono, empleadas por el señor Cobian, no son aplicables al arsenal de Cartagena, que lo ha encontrado en tales condiciones que le ha sorprendido. Lo de los abusos, deficiencias y abandono, explicado queda en lo copiado. No son imputables á los obreros de los arsenales, ni á los maestros de taller, ni á los técnicos, ni á los que en virtud de autoridad delegada la ejercen en el establecimiento. De todos ellos dice el ministro que son útiles, sufridos, abnegados como verdaderos patriotas; y no radicando en ellos la culpa de esos abusos ni de esas deficiencias ni de tales abandonos, claro es que radican en otras esferas, en las superiores, allí donde se fabrican presupuestos de gastos á ojo de buen cubero, según se desprende del libro del anterior ministro de Marina ó á sabiendas de que son insuficientes.

Allá deben ir las censuras. Aquí

no. Y puesto que allí las dirige en justicia el señor Cobian, délese por advertidos y pongan el remedio.

## TIJERETAZOS

El ministro de Hacienda ha hecho unas declaraciones que le hacen la mar de simpático.

Ningún empleado quedará cesante con motivo de sus reformas, estando tan seguros los de plantilla como los excedentes, siempre que cumplan con su deber.

El Sr. González Besada es hombre práctico y obra como tal.

Y como sabe que las plantillas no remedian nada, porque vienen detrás otro ministro y reponen á los empleados cesantes, quiere llegar á la plantilla por el camino natural, ó sea el de las vacantes.

El Sr. González Besada es un buen ministro, pero es además un hombre bueno.

Si lo que él hace ahora le hubieran hecho todos los ministros que han actuado desde que se perdieron las colonias, podríamos reírnos de los países de colores.

El calor hace estragos en Madrid.

Calienta allí el sol de tal manera las cosas á las gentes, que á lo mejor se la sube á un ciudadano la sangre á la cabeza y se le va la mano al volante y ¡pam!, suena un tiro y cae un hombre muerto ó mal herido.

El último caso ha producido tres cadáveres.

Es decir, el último del miércoles; porque se le suponen que se hacen registrados los crímenes á que tienen derecho los días subsiguientes.

¡Qué manera de agarrar la navaja y el revólver!

Y dicen de Frajuna...

A la Liga Marítima le disgusta que se supriman los derechos de abanderamiento. Te veo hesugo.

Y lo mismo que decimos esto, decimos que no comprendemos los bienes que nos trae esa liga.

Como no sea el de entrenar el desarrollo

de la marina nacional, no nos explicamos su actitud.

«El Correo Gallego» de Ferrol excita al pueblo ferrolano para que pida al ministro de Marina, cuando vaya á aquel departamento, la construcción de los dos buques mixtos que proyectó Silveira cuando fué ministro del ramo.

Y es que á «El Correo» le ha llamado la atención el desconsuelo sentido por el señor Cobian al ver desiertas las gradas del astillero de la Constructora gaditana.

¡Si será por eso por lo que ve con malos ojos la Liga Marítima que se trate de adquirir los derechos que importa abandonar los barcos adquiridos en el extranjero? Escamemos y preparémosnos para evitar que se pueblen las gradas de la Constructora con el pobre trabajo que pueda ofrecer el Gobierno á las maestranzas nacionales.

¡Ah! y no pretenda copiar el colega ferrolano, porque estaría mal visto.

Además, si allí escasea el trabajo y el poco que hay no se ha de eternizar, aquí pasa lo mismo.

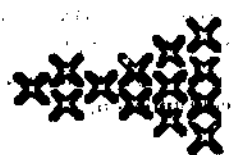
Conque fuera miras egoístas y á pedir lo que sea razonable.

## A la capital

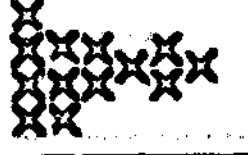
Sonó la hora y comenzó el desfile.

Era de mañana, muy de mañana, porque en estos días de rebajas de trenes para asistir á las fiestas murcianas, hay gente que no duerme pensando en las delicias de un viaje en el...

Por la noche avienta que baja á la estación comenzaron á llegar viajeros: un hombre gordo que tiraba de su costilla—también gorda;—una mamá con tres muchachas canederas que por lo finas podían viajar con dos billetes; un matrimonio con seis chiquillos que me hicieron compadecer á la familia en cuyo hogar descargará la nube; un ojo que alijoraba las muletas para llegar pronto; unos chulos que iban dispuestos á hacer corazones; dos alegres comandres; el zapatero de la esquina; el maestro de postal; varios periodistas que hablan



# Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



DOS MISERIAS

41

40 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

DOS MISERIAS

37

sita que alquilaba los veranos á los parisienses que gustaban de ir á respirar el aire del campo.

Aunque Claudio Minart no tuviese hijos y encontrase medio de añadir cada año algunas cepas más en sus viñas, ojalá yo quejar siempre de la dureza de los tiempos, y aun me parece contemplarle con su blusa azul, ya descolorida, sus zapatos con suela de madera y su cara colorada, y oírle referir á mi padre, cómo el hielo había quemado las cepas y el extremo á que sin remedio se verían reducidos, sintiendo que nuestra situación no fuese más desahogada para poder aliviar la suya.

Le veíamos de tarde en tarde, cuando sus negocios le llevaban á París: entonces procuraba siempre llegar á la hora de comer, porque era en todo gran vividor.

Un día, en el momento en que nos sentábamos á la mesa, llamaron á la puerta y era mi tío.

—Apuesto á que es Minart,—exclamó mi padre, Era él, en efecto.

—Buenos días, querido,—dijo.

—¿Vienes á comer con nosotros?—preguntó mi padre.

—¿Come? ¿Qué aun no le habéis dicho?

—Ya lo ves.

—Entonces, porque no retrasáis vuestra comida,

de no haberme hecho pasar de las primeras odas de Horacio, y yo así bien pronto en mi ociosidad perjudicial.

La ociosidad me era insuportable, mis compañeros de la infancia se habían decidido unos por un oficio, otros por otro, y yo solo me encontraba sin carrera, sin porvenir: mi padre que veía todos sus memoriales rechazados, empezaba á pensar que sería prudente empezar á darme una instrucción que él había soñado gratis, pero aun en este buen propósito no pudo insistir porque los recursos le faltaban y no era fácil encontrar un segundo abate Bigón.

Una casualidad inesperada vino á sacarlo del apuro.

III

Tenía yo un tío de quien aun no os he hablado, porque no tuvo intervención ninguna en el período de mi infancia; era un hermano de mi padre, y le vez cosechero, mercader y dedicado á la carretaría desde su aldea á París. Esta triple industria le había hecho propietario de algunas fanegas de tierra y de una ca-

tío, la dejaron bajar; pero venía cada día menos, hasta que acabé por no saber de ella, por no verla.

Nuestra obligada separación había despertado en mí, á una distancia de envidia, de odio. Es muy extraño que nuestros razonamientos se hagan cargo de las causas, ni obedezcan nuestras impresiones más que á los efectos, y con frecuencia nuestra vida futura obedece á estas primeras impresiones de la infancia. Estudiad si no á todos los reformadores y veréis que sus ideas más radicales arrancan de esas primeras impresiones: es el punto de partida de cada cual, la primera experiencia que adquirimos, no de los otros, sino de nosotros mismos. Antes de la prohibición impuesta á Coñilia yo no me había fijado en la desigualdad de clases, en la diferencia de formas; y en cuanto me fijé, ésta indiferencia me pareció odiosa y sentí que el corazón moría con estas diferentes posiciones sociales, y comprendí que mientras existieran no podría nada ser distinto.

De esta reflexión á sublevarse en contra de la sociedad y de las leyes, no hay más que un paso. La pendiente era fácil y yo la recorri sin dificultad. Demasiado joven para comprender ni formular mis propias sensaciones, no podía darme cuenta de lo que me pasaba; pero desde entonces mis inclinaciones fueron siendo más distintas, el aspecto de los ricos me entristecía y sin confesarme que yo hubiera querido